

Cruce de los Andes

*320 km en bicicleta desde
Argentina a Chile*



FOTOGRAFÍAS Y TEXTO:
DANIELA COSTA, FELIPE MÜNCHMEYER

Un buen día decidimos que recibiríamos el 2023 en un lugar que nos sorprendiera y nos llenara de vida. Nuestro plan fue salir de Mendoza, en Argentina, atravesar los Andes y llegar a Santiago de Chile en bicicleta. Investigamos rutas en los dos países y así dimos con una opción que nos permitía cruzar la línea fronteriza atravesando la cordillera. Eran aproximadamente 300 kilómetros con 6.000 metros de desnivel, en una travesía de seis días de duración. Tendríamos que llevar con nosotros comida y agua suficientes, carpa, sacos de dormir, ropa para el frío, linternas y lo justo y necesario para pasarla bien a 4.400 metros de altitud.

La información que habíamos hallado nos decía que tendríamos dos asuntos importantes por resolver en el camino: el primero era el cruce del Tunuyán, un caudaloso río que nace del deshielo del volcán Tupungato y atraviesa el valle por donde iríamos hacia el lado de Argentina.

El segundo asunto importante era el cruce fronterizo y las diligencias migratorias que tendríamos que hacer con las entidades correspondientes de cada país. Argentina cuenta con un paso migratorio ubicado a 3.800 metros en la mitad de las montañas. En Chile, es necesario coordinar previamente con la Policía de Investigaciones (PDI) para que uno de sus delegados llegue a la población de San Gabriel, en Cajón del Maipo, el día en que se planee llegar para tramitar el ingreso legal al país.

Coordinar previamente con la PDI no fue una tarea fácil para nosotros, así que nos acompañó la incertidumbre de si nos dejarían entrar a Chile o nos devolverían por donde vinimos, a pedal durante seis días. Para iniciar nuestra travesía volamos desde Santiago de Chile hasta Mendoza, en Argentina.



"Podíamos ver a través de la ventanilla lo vasta, remota e intimidante que es la cordillera de los Andes que delimita la frontera entre Argentina y Chile."



Habíamos salido ligeros, muy ligeros, y nuestras bicis llegaron al aeropuerto de Mendoza en cajas de cartón. Todas las cosas con las que salimos de casa volverían con nosotros como carga adicional de las bicis. Una vez fuera del aeropuerto, tuvimos que armarlas en la vereda de arribos internacionales, cargar en ellas nuestro equipaje y salir a pedal.

A bordo del avión el día lucía despejado. Podíamos ver a través de la ventanilla lo vasta, remota e intimidante que es la cordillera de los Andes que delimita la frontera entre Argentina y Chile: muy árida, interminable, con esos cuarenta cerros que superan los 6.000 metros de altitud. Esa imagen rondaba en nuestras cabezas desde que bajamos del avión y la mantuvimos presente mientras rodábamos ya por las calles de Mendoza, haciendo las últimas compras antes de emprender nuestro camino.

En el papel se pintaban cerca de 110 kilómetros planos que deberíamos recorrer por los famosos viñedos de los campos mendocinos. Todo nos parecía muy lindo. Sin embargo, ya en la ruta, el calor y la escasa agua que

habíamos encontrado nos pusieron a prueba cuando habíamos recorrido apenas los primeros 45 kilómetros. No tardamos mucho en recibir la primera lección de nuestra travesía: cada kilómetro ganado en una expedición como esta cuenta. Hay que moverse inteligentemente.

Buscamos una tienda con la esperanza de encontrar algo para beber y luego de encontrarla, nos refugiamos por unos instantes bajo una sombrilla y tomamos una coca cola bien fría. Minutos después retomamos la cicleda sobre caminos lastrados que nos parecían interminables.

Más adelante, otra sorpresa nos esperaba. ¡Llanta baja! La cantidad y el tamaño de los espinos que aparecieron en la ruta eran algo con lo que no habíamos contado.

Para solucionarlo, avanzamos hasta Tupungato, la ciudad que lleva el mismo nombre de un inmenso volcán de 6.570 metros de altitud. Mientras buscábamos un lugar donde solucionar el problema, un hombre con su teléfono móvil apareció ante



“No tardamos mucho en recibir la primera lección de nuestra travesía: cada kilómetro ganado en una expedición como esta, cuenta.”

nosotros. Lo primero que se nos ocurrió fue pedirle que nos dejara usar su celular para buscar ayuda. Cuando lo hicimos, el hombre se presentó. Era Gustavo Soto, nada más y nada menos que el alcalde de Tupungato. Soto nos había seguido en su auto, muy sorprendido al vernos ciclear tan cargados de cosas. El encuentro y su asombro tenían una razón: Soto había sido ciclista años atrás así que saludamos de nuevo, esta vez sintiéndonos identificados. Enseguida él nos recomendó que fuéramos a un restaurante que ofrecía una deliciosa carne argentina. Luego de comer, nos aseguramos de rellenar el tubeless, pues sabíamos que esa sería nuestra última oportunidad. Tupungato sería el último sitio poblado antes de entrar al corazón de la cordillera.

Al atardecer llegamos a unas pequeñas cabañas en Manzano Histórico, una localidad dentro de la misma provincia de Mendoza. La gente del lugar asegura que el histórico libertador de Chile, Argentina y Perú, José de San Martín, descansó bajo la sombra de un manzano a su paso por ahí, al regresar de una expedición hacia Chile.

Estábamos muy cansados después de un día que creímos sería relativamente relajado, pero el calor, la sequedad del aire y una cuesta de 110 kilómetros que tuvimos que vencer con las bicis muy cargadas se hicieron sentir con fuerza al final.

Salimos a ritmo lento. Ese primer día había dejado en nosotros más huellas de lo que esperábamos.

Desde Manzano Histórico, el camino que teníamos por delante era una nueva cuesta, esta vez por un valle árido que subía desde los 1.700 hasta los 4.400 metros de altitud, en el Paso Argentino. Debíamos cuidarnos para adentrarnos en la cordille-



ra con la suficiente energía y, sobre todo, con seguridad. Decidimos detenernos más y descansar por momentos. Cada dos horas nos sentábamos para comer algo, reírnos y disfrutar del paisaje. Pero poco a poco el calor se alejaba de nosotros y, en su lugar, se hacían sentir las brisas frías. Las murallas de roca comenzaban a imponerse en el paisaje. Había ya desaparecido cualquier rastro urbano y tan solo unos cuantos refugios aparecían en nuestro camino.

Llegamos a la oficina de Gendarmería Nacional de Argentina, sellamos nuestros pasaportes y, en medio de la diligencia, nos contaron que hacía un par de días, dos ciclistas españoles habían decidido regresar del Paso Argentino con la carpa rasgada, sin comida y asustados al ver el inmenso valle que se abría al otro lado de la línea de frontera. No sabíamos si nos decían la verdad o si solo pretendían disuadirnos para que volviéramos por donde

“El calor, la sequedad del aire y una cuesta de 110 kilómetros que tuvimos que vencer con las bicis muy cargadas se hicieron sentir con fuerza al final.”

SMITH
Porsue your thrill



habíamos llegado. Sabíamos de los muchos rumores que aseguraban que cruzar a Chile a pedal por este sendero no era una buena idea. ¿En qué nos habíamos metido? Nos hicimos esta pregunta, pero habíamos hecho los deberes y estábamos preparados para cruzar.

Un par de horas después llegamos a un refugio pequeño, muy básico, en el que estaban muchos gauchos y varios caballos. Paramos ahí con la idea de descansar tan solo un rato, pero enseguida nos dimos cuenta de que ese era un gran lugar para pasar el resto de la noche. Y fue un gran lugar también para conversar, compartir un mate con esos amables gauchos argentinos, escuchar sus historias y descansar.

Cruzar el Paso Argentino —el punto más alto de toda la ruta— era el anuncio de que habría que enfrentar la sección más larga de morrena y pushing bike de la expedición. Salimos temprano para evitar el ajetreo de los gauchos y sus caballos y subimos rápidamente. Intentamos cruzar el portillo —un paso muy angosto en el sendero— para evadir el mal clima y, la verdad, el plan salió perfecto.

Mientras avanzábamos, veíamos las nubes grises aproximarse desde el valle hacia nosotros. Nos movíamos delante de la tormenta y, a ratos, sentíamos las salpicaduras de nieve pisándonos los talones. Una vez en el portillo, nos acordamos de los españoles que se dieron vuelta.

“La vista del otro lado era alucinante y a la vez intimidante: un inmenso manto de morrena, arena y nieve que se extendía hasta perderse en el horizonte y un frío intenso.”

No estuvimos ahí más de un par de minutos hasta que empezamos a bajar una sección de roca muy



expuesta. Debíamos esforzarnos para controlar el peso de las bicis. Desde ese punto, caminamos cerca de 15 kilómetros sobre un mar de piedras, intentando no perder la huella ni las ruedas cuando íbamos montados en las bicis. La tormenta se sentía cada vez más cerca a nuestras espaldas. Finalmente, llegamos al último sendero: un lindo singletrack de arena que nos llevaría al fondo del valle del Tunuyán, en el refugio Real de la Cruz, un sitio grande, de dos pisos, manejado por un grupo de militares argentinos que nos recibieron muy amablemente.

Amanecimos el último día del 2022. Por muchas razones, este sería un día clave, pues debíamos atravesar a caballo el bravo río Tunuyán. Según nos contaron, algunos bikepackers habían perdido todo, incluso sus bicicletas, en sus aguas gélidas. Pero nosotros no queríamos sumarnos a esa estadística, así que llamamos a algunos amigos montañistas y supimos que debíamos coordinar con gauchos de la zona del refugio Real de la Cruz, para que nos ayudaran a cruzar a caballo, cargando las bicis.

Una vez en la orilla opuesta nos despedimos muy agradecidos y, de nuevo, nos quedamos completamente solos. Ya no había vuelta atrás. Teníamos que salir al Paso Piuquenes, que está ubicado ya en la línea de frontera con Chile, y el pronóstico del InReach no era nada alentador. A la una de la tarde entraría un fuerte temporal, con vientos violentos y sensaciones térmicas por debajo de los cero grados. Por eso, nuestra estrategia era clara:





movernos rápido y, al primer indicio de tormenta, armar campamento y esperar a que pasara el mal clima.

Pero fue un día hermoso. El valle del río Palomares ofrecía una combinación de colores y paisajes y nos provocaba esa sensación de insignificancia frente a los cerros que nos rodeaban. Avanzamos felices por singletracks que nos quitaban el sueño con su belleza.

Al llegar al pie del Paso Piuquenes, eran las 13:35. El cielo se nubló y no alcanzamos a subir más de unos ochenta metros cuando tuvimos que desembarcar a toda velocidad y meternos en la carpa para escampar.

La tormenta fue violenta. Hubo momentos en los que teníamos que sostener las paredes de la carpa debido a la fuerza de las ráfagas. Al menos estábamos abrigados ahí dentro. De hecho, nos sentíamos felices, comimos una rica cena y tomamos café.

A las ocho de la noche, se instaló una calma indescriptible. El valle completo se llenó de silencio para dar paso enseguida al canto de los pájaros. Todas las montañas se mostraron de nuevo, cubiertas de un manto de nieve fresca.

iQué manera de cerrar el 2022! iBienvenido 2023!

Cuando salimos, muy temprano en la mañana, el cielo estaba completamente despejado, pero

había mucho viento y la sensación térmica continuaba por debajo de los cero grados. Nos quedaban 1.000 metros de ascensión todavía para llegar al Paso Piuquenes, es decir, hasta Chile.

Al principio, tomábamos fotos y reíamos pedaleando sobre la nieve en medio de ese paisaje deslumbrante, pero poco a poco el camino se hizo más duro. Las bicis —pesadas por la carga— se hundían en la nieve al intentar avanzar.

Fueron cerca de cuatro horas de andar, por momentos, con la nieve hasta las rodillas, pero al mismo tiempo, cada segundo de ese hermoso paisaje invernal valió la pena.

iFinalmente, ahí estaba Chile!

El viento silbaba y la nieve que se levantaba con su fuerza golpeaba nuestras chompas de pluma,



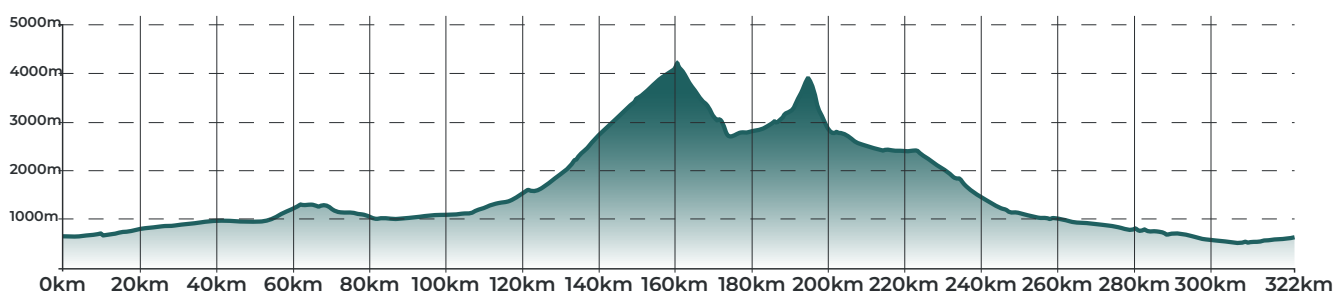
pero lo habíamos logrado. Bajamos rodando por uno de los senderos más lindos que hemos tenido la suerte de recorrer, casi 2.000 metros del singletrack más perfecto que hemos visto, hasta que llegamos a las Termas del Plomo, donde aparecieron ya caminos carrozables, casas rodantes y turistas disfrutando de asados al aire libre.

Nosotros teníamos apenas un gel para los dos y media porción de avena que había sobrado del desayuno, nada más. Bajamos los 50 kilómetros que nos separaban del siguiente pueblo lentamente, pues el viento en contra hacía que la pendiente se sintiera como una subida.

Solo nos quedaba entrar a Chile y superar nuestro segundo mayor temor. Nos detuvimos en las oficinas de Carabineros para sellar nuestro ingreso y de inmediato supimos que unos miembros de la PDI estaban ahí, pero claro, no nos esperaban a nosotros. Habían llegado para autorizar el ingreso de otro grupo de turistas y esa suerte con la que corrimos hizo que no tuviéramos que esperar a que enviaran a un agente desde Santiago solo para atender nuestro trámite.

Desafío superado.

Desde aquí, ya todo fue cuesta abajo. Descendimos hasta el



- ✓ Distancia total: 322 km
- ✓ Desnivel total: 6100 m+
- ✓ Días sugeridos: 5 a 7
- ✓ Singletrack: 30%
- ✓ Pushing bike: 20%
- ✓ Elevación máxima: 4350 m.s.n.m.
- ✓ Nivel físico: 9/10
- ✓ Nivel técnico: 8/10

Ubicación	Kilómetros	Altura
1 Mendoza	0	↑ 695 m
2 Manzano Histórico	122	↑ 1629 m
3 Refugio Scaravelli	143	↑ 2981 m
4 Refugio Real de la Cruz	173	↓ 2970 m
5 Camp. El Paso	188	↑ 3052 m
6 Cajón del Maipo	257	↓ 1060 m
7 Santiago	322	↓ 674 m

Cajón del Maipo, devoramos una hamburguesa con pizza, tomamos cerveza y después de una ducha, fuimos a descansar en una cama cómoda, con la satisfacción de haber conseguido nuestro objetivo de recibir así al nuevo año.

Desde el Cajón del Maipo hacia Santiago de Chile, ya solo nos quedaba rodar hasta entrar de nuevo a la ciudad. Ahí estaba esperándonos el calor abrazador de la capital chilena.

Una gran cantidad de pelotones ruteros se cruzaron con nosotros así que aprovechamos de vez en cuando para ir a rueda. Seguro notaban nuestras pintas de andar seis días con la misma ropa, sin haber tomado una ducha. Una ciclista de uno de esos pelotones nos guió hasta La Florida para no tener que revisar el GPS y solo limitarnos a sortear los autos de la ciudad.

Mientras lo hacíamos, sentimos una inmensa gratitud hacia nosotros mismos por haber elegido regalarnos esta buena vida de aventura, en contacto directo con la naturaleza, por haber tenido el privilegio de explorar el corazón de los

Andes australes, de maravillarnos con montañas como el Marmolejo, el San José y el Tupungato, de recorrer uno de los trayectos históricos más importantes de América Latina.

Pensar que en 1817, este mismo trayecto fue considerado una de las seis rutas dentro del plan de José de San Martín para llevar a cabo la Expedición Libertadora de Chile y de Perú. Pensar que Charles Darwin llegó a Mendoza desde Chile, a lomo de mula, por el Paso Internacional Portillo de Piuquenes, para interpretar el origen de la cordillera de los Andes.

¡Y qué sensación tan indescriptible es la de tocar la puerta de casa después de haber viajado seis días, totalmente autoabastecidos, por una de las cordilleras más agrestes que hemos tenido la suerte de recorrer!

